

LO QUE EL CIELO
NO PERDONA



COLECCIÓN
LA CUESTA DE SÍSIFO

NOVELA NEGRA

LILIANA RAMÍREZ TANGARIFE
Directora

COMITÉ EDITORIAL

GUSTAVO IBAÑEZ CARREÑO
EDUARDO ROMERO
MIGUEL GERLEIN
JOSÉ FÉLIX PALMA
ADA CARINA IBAÑEZ
JAIRO ACOSTA QUIJANO
LUISA GÓMEZ JIMENEZ

La cuesta de Sísifo

En la mitología griega, Sísifo (Σίσυφος), uno de los siete hijos de Eolo y Enareta, es conocido por su castigo que era empujar una gran roca cuesta arriba por una montaña, pero antes de llegar a la cima, volvía a rodar hacia abajo. El motivo del castigo al que fue sometido, se debió a su hábito de atacar y asesinar viajeros. De acuerdo con una teoría, Sísifo es el disco del sol que sale cada mañana y después se hunde en la oscuridad bajo el horizonte.

En esta colección del sello Sképsi del Grupo Editorial Ibañez, damos cabida a los escritores de novela negra, un género que se desenvuelve entre los más bajos y oscuros instintos del ser humano: amores tormentosos, casi imposibles; odios y rencores; violencia, muerte e intriga, en un mundo de oscuridad, como cuando Sísifo, el disco del sol, se hunde bajo el horizonte después de haber empujado todo el día, la gran roca cuesta arriba.

Miguel Gerlein

FIDEL BLANDÓN BERRÍO

LO QUE EL CIELO
NO PERDONA

(Novela histórica)

NOVENA EDICIÓN





- © FIDEL BLANDÓN BERRÍO
- © SKEPSI - GRUPO EDITORIAL IBÁÑEZ

IMPRESA: Carrera 69 Bis No. 36-20 Sur
Tels.: 601-2300731 – 601-2386035

LIBRERÍA-CAFÉ LA SOLEDAD PARKWAY: Calle 37 No. 19-07
Tels: 601-7025760 – 601-7025835

LIBRERÍA: Calle 12 B No. 7-12. L. 1
Tels: 601-2847524 – 601-2835194
Bogotá, D.C. – Colombia
www.grupoeditorialibanez.com

Queda prohibida la reproducción parcial o total de este libro por cualquier proceso reprográfico o fónico, especialmente por fotocopia, microfilme, offset o mimeógrafo.

Ley 23 de 1982

ISBN: 978-958-791-927-1

Diagramación electrónica: Yaneth Guarín A.

Diseño de Portada: Vanessa Peña A.

ÍNDICE

PRÓLOGO	11
Notas para la novena edición	23

LOS DEDICADOS

MONSEÑOR ANDRADE, por J. Michelin	29
EL REGRESO DEL PASTOR, por Horacio Franco.....	31
MONSEÑOR ELEÁZAR NARANJO LÓPEZ.....	33
EL PADRE GONZALO JIMÉNEZ, por G. Gutiérrez G.....	37
A GUISA DE PRÓLOGO	39
CARTA DEL AUTOR.....	41

LO QUE EL CIELO NO PERDONA

I. Al pan, pan, y al vino, vino	45
II. Vorágine política	53
III. ¡A morir o a defenderse!.....	63
IV. Arrecia la lucha	73
V. Las papayas del Padre Ruiz Luján.....	83
VI. Huye el Pastor.....	91
VII. Las guerrillas oyen misa.....	101
VIII. ¡Es más pecado dejarse matar!	111
IX. Éste era Aníbal Pineda	123
X. En el corazón de la guerrilla.....	135
XI. Tragedias en el monte.....	145
XII. ¡Faltaba algo por hacer!.....	151

XIII. Padre, preséntese al gobernador.....	161
XIV. “Travesías”, “Rapidol” y compañía	171
XV. Prohibido enterrar a los muertos	179
XVI. El viacrucis de Urama.....	197
XVII. El que a cuchillo mata, a cuchillo muere.....	217
XVIII. ¡Llor a las Fuerzas Militares! es!.....	227
XIX. Camino de la Patria	237

DOCUMENTOS

I. Gómez Martínez, carta a Arango Ferrer	239
II. Más sobre la situación de occidente	247
III. Blandón Berrío, al Coronel Gobernador de Antioquia	250
IV. Profanación condenable, por Adel Celimas.....	254
V. Laureano Gómez, a los colombianos.....	259
VI. La Iglesia y la política	262

EPÍLOGO

Diario inédito del padre Blandón Berrío, cuando fue arrestado..	271
Penalidades de un cura de aldea	284
Misa de contrabando.....	284
Exilado de sotana.....	286
El cura de la cola rota	286
Relatos fieles	286
Más víctimas.....	287
Acción de gracias	288
Espíritu caritativo.	289
Arriba la sotana.....	290
En Peque	291
En las ruinas del Templo	291

Verdadero apostolado.....	292
Cobardía	293
A Villa Rosario.....	297
Canto a Pamplona.....	300
Misa Negra	304
Duelo Nacional.....	307
Canto a El Difícil.....	310
Ausencia	313
Carnavales	314
Yo soy el buen pastor.....	316
Stabat Mater	318
Qué es el amor.....	321
Alter Christus.....	324
Salve Patria bendita.....	325
Trabajar!... Estudiar!.....	325
Quem quaerebam inveni.....	328
Había.....	328
Masedumbre.....	330

PRÓLOGO

El padre Fidel Antonio Blandón Berrío, autor de Lo que el cielo no perdona, fue conocido con el seudónimo de Ernesto León Herrera, cuando, a raíz de las persecuciones que su obra desató, tuvo que esconder su verdadero nombre; posteriormente adoptó el de Antonio Gutiérrez Berrío para distraer a quienes pretendían asesinarlo, no sólo por su libro, sino por móviles de oscura política que nunca lograron aclararse.

El profesor Antonio Gutiérrez, como lo conocían sus alumnos y amigos, era un hombre de tez morena, de rostro adusto, de expresión y ademán fuertes, pero de un corazón generoso, de una extraordinaria bondad; un hombre comprensivo y humano como pocos, y siempre con el corazón abierto para todos. No obstante las calumnias y persecuciones que padeció, jamás anidó el más leve rencor en su espíritu.

El profesor Gutiérrez fue un personaje legendario. Para muchos había muerto en 1953, cuando en verdad su deceso ocurrió el 3 de diciembre de 1981 en Facatativá (Cundinamarca).

Para unos se trataba de un cura guerrillero, tal vez el primero en este siglo. Para otros era un santo.

El misterio y la leyenda arrancan de las breñas antioqueñas y de las poblaciones de Dabeiba, Peque y Uramita, en donde ejerció su ministerio sacerdotal. Allí su espíritu apostólico sufrió el primer impacto ante la violencia que sufrieron los liberales de su parroquia, a quienes aconsejó que se fueran a las montañas para proteger sus vidas. Sin otra alternativa, las patriarcales familias de Juntas abandonaron sus hogares y construyeron sus viviendas en el corazón de la manigua, en donde se organizaron en brigadas para la vigilancia, la defensa y la ayuda mutuas, siguiendo las orientaciones de su párroco.

Burlando la severa vigilancia de los “chulavitas”, desacatando las órdenes de sus superiores y enfrentando las denuncias de los comandantes de la policía de Antioquia, el padre Blandón Berrío aprovechaba las sombras de la noche para subir sigilosamente a la montaña, en donde sus antiguos feligreses, mediante claves y mensajes especiales, lo iban orientando para que llegara hasta sus viviendas, donde se reunían todos a escuchar la santa misa y los consejos que el sacerdote les daba. Con el mismo sigilo de la ida, regresaba a la población, sin que los cancerberos colocados en las bocas de la montaña pudieran comprender cómo retornaba a la casa cural.

Su comportamiento desató las iras del gobierno y de la Iglesia. Monseñor Miguel Ángel Builes, obispo de quien el padre Blandón había sido su secretario, le prohibió el paso por su diócesis. Su ordinario le quitó la parroquia y las autoridades manifestaron que ante la protección que estaba dando a los “bandoleros” no respondían por su vida.

Sin embargo, no desmayó en su tarea. Subrepticamente hacía llegar vestidos, drogas y alimentos hasta las montañas.

Habiendo arreciado la violencia, desautorizado por su obispo, sin parroquia y perseguido por las autoridades, se dirigió a Medellín, donde encontró a muchos de sus antiguos feligreses que deambulaban en busca de protección. El padre Blandón continuó su lucha, organizó lavanderías, librerías, ventorrillos y sastrerías para ayudar a la gente sin hogar. De todo el país llegó la ayuda y las familias se fueron instalando, pero los nuevos grupos desalojados del occidente antioqueño llenaban las calles de Medellín. Entonces se propuso retornarlos a sus hogares con la ayuda de muchas personas generosas de la ciudad. Fue así como un buen día logró poner en marcha a miles de familias del occidente antioqueño.

La peregrinación partió de Medellín rumbo a Peque, con la protección del Ejército.

El periodista Alberto Yepes narró aquella marcha en un folleto intitulado Peque:

“La impresionante caravana marchaba a través de un paisaje desolador. De ella hacían parte familias enteras en las cuales hay niños y cuya edad fluctúan entre los tres meses y ocho años de edad (sic). Los mayores caminaban con los pequeños en brazos o a la espalda, y a pesar de sus penalidades de la marcha (sic) todos avanzaban alegres de regresar a la tierra que fue suya y labraron sus mayores... La caravana la encabezaba el presbítero Blandón Berrío, de casco de corcho, morral y lámpara. Llevaba la raída sotana recogida hasta la rodilla. Sólo una vez en los veinte kilómetros del pesado camino, aceptó montar un rato a caballo. Iba contento de regresar a la que un día fue una parroquia, confundido con los restos de su feligresía...”

Contra quienes ayudaron a estas gentes desamparadas se acrecentó la persecución. Monseñor Ignacio Andrade Valderrama, obispo de Santafé de Antioquia, que había apoyado la acción de sus sacerdotes en pro de las familias liberales de Antioquia, fue sacado de su diócesis y murió sin poder retornar a ella.

Para salvar su familia, el padre Blandón tuvo que salir de Medellín, dejar el sacerdocio y cambiar radicalmente de estado. En Bogotá se dedicó a escribir. De sus experiencias salió ese extraordinario documento histórico, Lo que el cielo no perdona, en el que se denuncia a los autores de la violencia y se escribe con mayúsculas el nombre de las víctimas y de los victimarios. En este libro estremecedor, que desató nuevos odios y persecuciones, aparecen los policías jugando fútbol con la cabeza de una de sus víctimas y el sacerdote colocando en ataúdes los brazos mutilados de sus feligreses. Para acallarlos se le tendieron celadas: intentaron involucrarlo en crímenes realizados por facinerosos que utilizaban su nombre, pagados por personas presentadas a la luz pública como los causantes de la violencia en Antioquia. Fue tanto el acoso que un buen día muchos de sus amigos de Bogotá lo ayudaron a “desaparecer” del panorama nacional.

Se dijo entonces que se había ido a los Llanos para llevar a los guerrilleros parte del dinero de su libro. Otros afirmaban que había puesto tierra de por medio y que se encontraba por la Costa Atlántica. Se rumoró que había sido asesinado y su cadáver lanzado al río Sogamoso. Curas y religiosas sostenían que había viajado a Roma a denunciar a los obispos politiqueros.

La verdad es que había tenido que desaparecer porque pistoleros a sueldo pretendían liquidarlo por su apoyo a los guerrilleros.

Habiendo cambiado la situación política, concedida la amnistía a los guerrilleros, el profesor Gutiérrez quiso reorganizar su vida. Primero se radicó en Cúcuta y luego en Villa del Rosario, donde fundó un colegio con el nombre de Monseñor Pérez Hernández, en honor del obispo de su diócesis. Después, nuevamente perseguido, resolvió radicarse en Pamplona. El padre Rafael Farías, autor de los viejos textos de religión y de filosofía, lo acogió bondadoso y lo hizo nombrar profesor del Colegio del Norte. Pero su tranquilidad duró poco: un año más tarde unas monjitas lo identificaron en un mosaico del colegio y de inmediato le comunicaron al arzobispo, quien por cierto había sido su compañero y superior en el Seminario de Yarumal, monseñor Aníbal Muñoz Duque, nombrado luego cardenal. No se supo qué pasó pero a altas horas de la noche, como en los tiempos de Juntas de Uramita y de Dabeiba, envuelto en las neblinas de Pamplona, el padre Farías llegó sigiloso hasta el hogar del profesor y le dijo que debía salir inmediatamente de la ciudad y le dio su bendición. Ahora su nuevo refugio fue un pueblecito encantador, de gente patriarcal que había sufrido los embates de la violencia en 1949 cuando 40 de sus hijos fueron asesinados durante la gobernación de Lucio Pabón Núñez, por su culto a las ideas liberales: El Carmen (Norte de Santander). Allí vivía el gran novelista y cuentista Enrique Pardo Farelo (Luis Tablanca), quien lo protegió. No fue mucha la tranquilidad de la que pudo disfrutar; solamente alcanzó a fundar un colegio de primaria y bachillerato, con el nombre de Luis Eduardo Nieto Caballero. Pero a los seis meses el cura párroco tuvo algunas informaciones equivocadas sobre su vida pasada, con el agravante de que por esa época (1959) el periodista Alberto Yepes publicó en la revista Cromos un artículo novelesco en el que hablaba de cosas que el padre nunca había hecho, convencido de que efectivamente había muerto en Sogamoso y que bien podía tejer sobre su vida leyendas que no iban a ser rectificadas, pues estaba seguro de su desaparición. Por esto el sacerdote tuvo que huir de nuevo, ya que varios detectives se presentaron a la población en su búsqueda por las denuncias del párroco.

Cuando el reloj de la iglesia hacía sonar las ocho de la mañana y los jacarandosos alumnos del colegio Eduardo Nieto Caballero esperaban impacientes que el “profe” chancero y bonachón les abriera las puertas, éste iba llegando a la serranía de Bobalí en donde, escondidos entre los árboles, con mirada asustadiza y maliciosa, los indios motilones lo veían pasar rumbo a la cima. Era ésta una región de clima suave, de vegetación exuberante, habitada por dos familias, pero en la cual tenían los indios motilones su dominio. Hasta allí llegó después de dos días de camino y fue acogido por unos humildes campesinos que se convirtieron en su propia familia. Al poco tiempo levantó la Escuela Veredal Alfonso López Pumarejo y, para honrar al gran patricio, escribió un largo poema, del cual son estos versos:

Ha muerto el defensor de la justicia,
de la igualdad fraterna y el derecho,
y lloran las campanas
en las rubias montañas
con su voz lastimera;
y llora la bandera
que cruzaba su pecho.

Finalmente, en uno de los árboles más altos colocó la bandera de Colombia.

Hasta El Carmen llegó la noticia de que el profesor estaba viviendo en Motilonia con la familia, y un grupo de amigos organizó una caravana y llegó hasta esos lejanos riscos. Allí lo encontró enamorado de la naturaleza, enseñándoles a los niños sobre sus protectores y cultivando la tierra. Pensando que ya los odios y las persecuciones se habían calmado regresó a la población, con tal mala suerte que a los ocho días los detectives rondaban la casa en que se había alojado; por esta razón hubo que sacarlo a medianoche y enviarlo a Bucaramanga. De allí se dirigió a Pailitas (Cesar), en donde tenía la intención de fundar un colegio; sin embargo, también los detectives lo ahuyentaron de ese lugar, debido a las informaciones del párroco de El Carmen.

Por insinuación de Enrique Pardo Farelo, quien tenía familiares residentes en la población de El Difícil (Magdalena), se enrumbó hacia dicha población. El Difícil estaba habitado por gente trabajadora, generosa y buena. Además tenía la ventaja de que era bastante complicado llegar hasta allí, pues solamente entraba un camión cada ocho o quince días y, cuando llovía, pasaban meses sin que alguien pudiera arribar.

En este pueblo el profesor pudo vivir tranquilo unos años. Organizó un colegio de primaria y bachillerato con el nombre de Liceo Bolívariano, se puso al frente de la creación de la parroquia y en una larga batalla con el municipio de Plato, logró en asocio de los demás prestantes personajes de la población, que El Difícil fuera elevado a la categoría de municipio con el nombre de Ariguani (1961).

Un día el cura párroco de Plato celebró una misa en El Difícil, oportunidad que aprovechó el profesor Gutiérrez para llevar alumnos de su colegio y participar en los ritos y cantos; utilizaba el latín con gran facilidad, lo que llamó la atención del sacerdote de Plato, quien no tardó en comunicarle al obispo de Santa Marta, Norberto Forero y García, la inquietud que le dejó el maestro. Posteriormente empezaron a llegar sacerdotes vestidos de civil, haciendo averiguaciones sobre la vida del profesor Gutiérrez, pero éste imperturbable, continuó su labor docente y social. Trabajaba hasta las dos o tres de la mañana a la luz de una vela —el pueblo carecía de alumbrado— y al otro día a las siete de la mañana estaba al frente de sus alumnos, dictando clases de gimnasia, de español, de matemáticas, de canto. Hacía de todo.

Cierto día llegaron dos individuos al colegio preguntando por el profesor. Éste se puso la camisa y salió a recibirlos, cruzó unas palabras con los visitantes y luego, dirigiéndose a su esposa le dijo: "Mija, me llevan: son detectives; no se preocupe, tenga cuidado de los niños". De allí a la alcaldía el pueblo se fue arremolinando, así como los estudiantes, quienes abandonaron el colegio, lo que motivó la intervención de las autoridades para tranquilizar a la gente enfurecida. Los detectives salieron con el profesor rumbo a Santa Marta, de donde fue llevado a Bogotá, de juzgado en juzgado y de cárcel en cárcel, sin que conociera los motivos de su detención. Luego apareció encerrado

en la cárcel de Santa Rosa de Viterbo (Boyacá), cuyo director no pudo dar explicación sobre la permanencia del profesor en dicho establecimiento.

De Santa Rosa de Viterbo fue remitido nuevamente a Bogotá, gracias a las gestiones que desde El Difícil se lograron hacer ante el Procurador General de la Nación, doctor Hidalgo Bueno.

Dos detectives lo llevaron esposado hasta las dependencias del antiguo Servicio de Inteligencia Colombiano (SIC), hoy DAS, en donde permaneció varios días, y tras dispendiosa revisión de los libros, se encontró que existía una orden de captura en su contra por haber escrito Lo que el cielo no perdona.

Realmente el libro había causado tal impacto y en él habían salido tan mal libradas la Iglesia y el gobierno de entonces, que se prohibió su lectura desde los púlpitos y se ordenó recoger todas sus ediciones en el país.

Del SIC Blandón Berrío fue remitido a diferentes juzgados de instrucción criminal, los cuales se negaron a recibirlo porque carecían de proceso en su contra; por último, un juzgado de instrucción lo recibió –por insistencia del SIC– y libró boleta de encarcelación para la Cárcel Nacional Modelo “mientras definía su situación”. Allí estuvo recluido 28 días. Fue necesario que el entonces jefe de la Dirección Nacional Liberal, Julio César Turbay Ayala, interviniera por medio del penalista Santiago Romero Sánchez, para que el Procurador investigara la razón por la cual no se le había resuelto la situación jurídica. Y como la única sindicación real era haber escrito Lo que el cielo no perdona, se ordenó su libertad inmediata. El diario El Tiempo dio cuenta de ese suceso y publicó la rectificación que el profesor Gutiérrez hizo de los infundios del periodista Yepes y aclaró la razón por la cual había tenido que desaparecer del escenario nacional.

Aclarada la situación, volvió a El Difícil; allí permaneció otros años y luego se trasladó a Santa Marta, en donde, pese a la oposición del obispo, fue profesor del Liceo Celedón y de otros planteles educativos y columnista del periódico El Informador.

Habiendo roto con todo lo que lo ataba a sus antiguas actividades, dispensado por la Santa Sede de sus servicios sacerdotales y autorizado por la misma, legalizó su matrimonio (1967) en la ciudad de Medellín en la Iglesia Metropolitana, dentro del mayor silencio por exigencia de las autoridades eclesiásticas. Tiempo después, en 1971, se desempeñó como vicerrector del Colegio Nacional Emilio Cifuentes de la ciudad de Facatativá (Cundinamarca), donde pudo disfrutar de la paz del Frente Nacional y añorar los días azarosos pero apostólicos de sus marchas. Desvinculado de sus viejos amigos y de la amistad que le brindaron altos personajes de la literatura y el periodismo, se perdió en la tranquilidad de su trabajo educativo y en la entrega total a su hogar.

El 3 de diciembre de 1981 se anunció en forma sencilla en carteles fúnebres: “El profesor Antonio Gutiérrez Berrío murió”. Lo cierto es que Facatativá no se dio cuenta de que por su tierra había pasado un gran patriota, un insigne educador, un hombre de fe inquebrantable, un cristiano viejo que se fue con Dios en el corazón; un antioqueño puro de aquellos que descuajaban árboles y fundaron pueblos y dejaron en cada recodo una imagen de la Virgen.

El Profesor Gutiérrez vivió cada estado de su existencia con el más profundo espíritu cristiano, con la entrega más completa a su labor; fue un servidor incansable de la sociedad y un apóstol de la Virgen María.

No alcanzó a publicar una serie de escritos como El hombre que era otro hombre (novela) y Carmen la del Carmen (ensayos y poemas), obras que se encuentran en poder de su familia.

Su libro Lo que el Cielo no Perdona cobra actualidad ante los recientes hechos de violencia en Antioquia y en todo el país y la nueva salida de la Iglesia a la arena pública.

Este prólogo va encaminado a rendir un tributo de reconocimiento a la vida inmaculada del profesor Antonio Gutiérrez Berrío y a su señora esposa Ana Gutiérrez de Gutiérrez, quien compartió con él la mayor parte de sus persecuciones y sufrimientos, y guarda con dignidad y altura el nombre de sus esposo; así como a sus hijos la abogada Ligia

Gutiérrez G.(+), la Licenciada en Filosofía y Humanismo, Gudiela Gutiérrez G., el psicólogo, Fidel A Gutiérrez G., el profesional en derecho internacional, Gustavo A. Gutiérrez G., la Licenciada en Enseñanza Preescolar, Ana Rocío Gutiérrez G, el abogado Uriel A. Gutiérrez G. y William Alberto Gutiérrez G. (+), quien murió en plena juventud, y a sus nietos: Rafael Alfonso Sánchez Gutiérrez, Xiomara Gutiérrez Zapata, Ramiro Gutiérrez Zapata, Octavio Augusto Rengifo Gutiérrez, William Andrés Gutiérrez Vega y María Camila Gutiérrez González y a su bisnieta, Ana Valeria Hernández Gutiérrez. Para todos ellos, que conforman una familia ejemplar, forjada en medio de la lucha y el esfuerzo, pero puesta la mirada en lejanos horizontes, mi afecto y mi eterna gratitud.

Con el poeta Robledo Ortiz se puede decir del profesor Antonio Gutiérrez B., que “al morir era una montaña de bienaventuranzas”.

FERDINANDO CASADIEGOS CÁCERES
Exmagistrado Tribunal Administrativo.

*Al excmo, y Rvmo. Sr. Dr. Luis
Andrade Valderrama, Dignísimo Obispo
Titular de Santa Fe de Antioquia.
Al ilustrísimo Monseñor Eleázar Na-
ranjo López, Dignísimo Vicario General de
Santa Fe de Antioquia.
Y a todos sus VV. Sacerdotes perseguidos:*

*Dedica
con su admiración, amor y gratitud...*

El autor

NOTAS PARA NOVENA EDICIÓN

Al entregar al público esta novena edición de “Lo que el cielo no perdona”, necesitamos hacer algunas anotaciones a nuestros lectores para atender a sus solicitudes formuladas en la prensa, verbalmente y por escrito. Así mismo, insertamos algunos de los muchos conceptos con que nos han honrado escritores de todo el país, a quienes agradecemos cordialmente. Para lograr esto último sin aumentar el paginaje y en busca de un precio modesto, hemos cercenado dos o tres artículos de menor importancia, que nada quitan al material documentario y narrativo.

Primero que todo, queremos mantener nuestros pseudónimos para cierta clase de libros y publicaciones de aquí y de otros países, pero accedemos, con mucho gusto a continuar estas ediciones con nuestro nombre propio de autor, según registro legal, a pesar de que también nuestro “nom de plume” está legalmente registrado en el Libro XII de Pseudónimos, Partida número 40, de Propiedad Intelectual.

En segundo lugar, advertimos que el incidente ocurrido en Bucaramanga el 14 de febrero del presente año, y del cual dio cuenta la prensa nacional con manifiesta irresponsabilidad, no toca para nada con el verdadero y legítimo autor de esta obra, como rectificaron algunos periódicos.

En tercer término, es absolutamente falso que hayamos sacado otra edición del folleto “PEQUE”, como calumniosamente lo publicó Diario Gráfico el 14 de septiembre del año próximo pasado, pues ni hemos comprado los derechos ni somos autor de tal publicación, aunque se refiere a nosotros.

Cuarto, para que no se sigan desconociendo abusiva y criminalmente nuestros derechos de autor de “Lo que el cielo no perdona”,

transcribimos algunos párrafos del siguiente documento, ya que la presente obra ha ido más allá de los límites patrios:

“El suscrito Jefe del Departamento Segundo –Negocios Generales– del Ministerio de Gobierno, encargado del Registro Nacional de Propiedad Intelectual, CERTIFICA. Que en el Libro de Registro número 2º del tomo 3º. De ‘Obras Científicas, Literarias y Artísticas’, aparece una partida que a letra dice: Partida No. 69. Libro 2º. del tomo 3º.- Obra: “LO QUE EL CIELO NO PERDONA”.- Autor: FIDEL BLANDON BERRIO.- En Bogotá, República de Colombia, etc... -Llenados como están los registros legales, la Oficina de Registro Nacional de la Propiedad Intelectual, RESUELVE. 1º) Inscribir en el libro de registro número 2º del tomo 3º de ‘Obras Científicas, Literarias y Artísticas’, la obra anteriormente anotada. -2º) Para los efectos del Registro de la Propiedad Intelectual, téngase como autor de la mencionada obra al señor Fidel Blandón Berrío (ERNESTO LEON HERRERA), quien gozará en delante de los derechos y garantías que la Ley colombiana reconoce a los autores no solamente en Colombia, sino en los países que con el nuestro tienen vigentes pactos especiales sobre la materia y en aquellos que reconocen el principio de la reciprocidad internacional, aceptado por la Constitución y Leyes de la República- -3º) Verifíquese la inscripción conforme lo ordena el artículo 8º del Decreto número 1258 de 1949 reglamentario de la Ley 86 de 1946 y luego expídase a favor del autor, el certificado de que trata el artículo 85 de la citada Ley. -4º) Archívese el ejemplar y expediente correspondiente. COMUNÍQUESE Y CÚMPLASE, etc. ...”.

Finalmente, agradecemos todos los conceptos que a favor o en contra han dado muchos escritores y publicaciones del país, y reproducimos unos pocos:

“... En su aspecto social tiene fin y enseñanzas tremendas que superan a ‘Viento Seco’ del Dr. Daniel Caicedo. Funda principios documentales como en ‘Guerrillas, Buenos Días...’ de Jorge Vásquez Santos. La acción se desarrolla en una verdadera ‘Tierra sin Dios’ como la de Julio Ortiz Márquez, Contempla realidades escalofrantes como las de ‘Pogrom’ de Galo Velásquez Valencia. En sus protagonistas que

son varios, especialmente en lo que se refiere al Pbro. Gonzalo Jiménez y en las alusiones que hace a sus colegas del clero, nos recuerda ‘El Cristo de espaldas’ de Eduardo Caballero Calderón. En lo que se refiere al actual Presidente de la República, se adivina a ‘Rojas Pinilla, el Presidente Libertador’” de Carlos J. Villar Borda.

Tiene de todos, a todos los recuerda y a todos los supera en su género y a su modo...

Esto sólo basta para que este libro sea acogido por todos y leído sin respirar, de un tirón, como se dice.

Tercero, porque es un documental histórico en que el autor logró organizar en un todo bien articulado, una serie de apuntes de narraciones de testigos presenciales y de víctimas, y de documentos que así han quedado en su contexto como algo que debe guardarse y conservarse. Son testimonios de parte y, francamente, no podía exigirse completa imparcialidad.

Y, cuarto, porque todo el libro es un elogio a la obra libertadora del Teniente General Gustavo Rojas Pinilla y a la campaña de restauración que en un año han librado las gloriosas Fuerzas Militares, sacando a Colombia de la abyección y la barbarie”.

(Prólogo de la 1ª edición)

“A través de ‘Lo que el cielo no perdona’ pueden todos los colombianos conocer en forma exacta y con acopio de fotografías tomadas en el teatro de los acontecimientos, lo que para el país significó aquella tremenda época de dolor, lágrimas y sangre, en buena hora suspendida por el afortunado golpe del 13 de junio”.

(El Diario, de Girardot, 1954)

“Se inició la ofensiva contra ‘Lo que el cielo no perdona’, obra de un noble sacerdote sobre la violencia que azotó a los departamentos del Valle y Antioquia. Es un nuevo e impresionante documento. Y presenta un aspecto, quizás el más triste de esas tristes épocas.

Mas él, como digno apóstol de Cristo, al exponer el problema de la politiquería en cuerpo que nunca debería dejarse infectar por tan prosaico virus, nos acerca más a la santa doctrina del Señor. Lean 'Lo que el cielo no perdona', y en esas páginas hallarán ejemplos de crueldad, sólo comparables a las pruebas admirables de bondad cristiana allí relatadas".

(H.S. en El Tiempo, 1954)

"La lectura del libro 'Lo que el cielo no perdona' es dolorosa y terrible. Ya se apresuró un diario conservador a condenarlo como exagerado, parcial y de tenencias puramente liberalizantes. Nada más inexacto. El libro es simple exposición de hechos presenciales por su ilustre autor. Nombres propios, fotografías espeluznantes, como la de un policía que, muerto de la risa y coreado por sus colegas, muestra agarrada por el pelo, la cabeza de una de sus víctimas. Otras yacen tiradas en el suelo. No hay un solo párrafo de este libro acusador que no sea la expresión de la verdad. De una verdad que no lo es menos porque en el campo contrario también se cometieron crímenes (...) Y se trata, no sólo en el caso de Antioquia sino en los demás departamentos azotados por la violencia, de personajes honorables, y como suele ocurrir, ornato de la sociedad en que viven, bajo cuyo patrocinio o indiferencia se efectuaron aquellas orgías de sangre, de que no había ejemplo en la América Latina. 'Lo que el cielo no perdona' es herrete colocado sobre el pecho de los verdugos que martirizaron al pueblo colombiano".

(Calibán en El Tiempo, 1954)

"... El escenario, en esta obra, deja de estar circunscrito a la estricta narración para alcanzar dimensiones apostólicas. No es su autor un observador ocasional de los sucesos, ni un hombre sectario, ni un copista frío de la realidad, sino el auténtico cura de almas que relaciona los macabros sucesos con la pureza de su conciencia, al calor de las enseñanzas recibidas en el seminario".

(De El Tiempo, Sept. 6 de 1954)

“Un regalo y muy regio de la suerte fue encontrar, hace pocos días, al celeberrimo intelectual, Pbro. Fidel Blandón Berrío, autor de ‘Lo que el cielo no perdona’ y de otras obras de inmenso valor literario. La erguida figura del vigoroso escritor sólo respira cordialidad y franqueza, dos características acordes con el inimitable estilo que es en él la copia exacta de su fuero interior, de esa fuerza creadora que magnifica la epopeya, simiente de paz, que es sabio contenido de su magnífica obra.

Escueto y duro es, en verdad, el concepto general que discurre por esas páginas valerosas, escritas sobre cárdenos coágulos de sangre cuando la vida y la virtud eran pasto de las hienas en los días tenebrosos de la oficial barbarie. Es natural que todos los sacerdotes de Colombia laboran a base de bondad religiosa, pero no todos, según se sabe, comparten la formación de ideas concretas y firmes como las emitidas por el autor de ‘Lo que el cielo no perdona’, cuyo sentido abarca toda la escabrosa realidad de una época tatuada de miseria moral.

Mientras contados apóstoles van diciendo su parábola de paz, otros hombres, remanentes del capítulo triste, alimentan la oscura hoguera fratricida, como lo estamos viendo en innumerables pueblos y en los campos desguarnecidos donde la tragedia revive... ¿Qué decimos?... reanuda su obra de nefanda trayectoria segando vidas, mutilando honras y aumentando la angustia que ya cubre la Patria como un sudario luctuoso.

Al hablar con el sacerdote escritor, Padre Fidel Blandón Berrío, se capta de inmediato la sensación de que él, como otros hombres honrados, siente asco, aversión infinita por las cosas horribles que pasaron y por las que aún están pasando, sin que una voluntad fuerte, definida, venga de nuestros hermanos en el país que ha sido centro espiritual y democrático de América”.

(El Machete, de Cartago, marzo de 1955)

“... Ese es el miedo que inspira ese libro que no vacilamos en llamar sagrado porque fue escrito con sentimientos cristianos y porque la sombra del odio no aparece en la mentalidad del autor...”

Loado sea Jesucristo por haber tenido el Padre Blandón ese valor extraordinario de conseguir ese documental tremendo que publica en el libro, desafiando a sus superiores y a la muerte en tierras despiadadas, y que haya tenido el valor que exige presentarse a la conciencia pública con el corazón en la mano para exigir justicia, porque su corazón es ese libro en cuyas páginas aparece marcado el derrotero del cristianismo, derrotero que es la propia vida del Padre Blandón, y que traicionaron no pocos hombres que tenían una sotana más lujosa que la del perseguido y calumniado sacerdote, autor del libro que comentamos”.

(Panorama, de Medellín, enero de 1955)

LOS DEDICADOS

I

“MONSEÑOR ANDRADE”

Por J. MICHELIN

“El Diario” de Medellín.

Julio 28 de 1953

Monseñor Andrade es el único Obispo de los Franciscanos en Colombia, como Monseñor Caicedo Téllez es el único de los Salesianos. Primera coincidencia entre el discípulo del Poverello y el de San Juan Bosco, entre el Obispo de Santa Fe de Antioquia y el de Cali. Ambos se caracterizan por el don de gentes y la simpatía, por el estilo de sus enseñanzas, por sus pastorales de cristal y de bálsamo, de bendición y consejo. Pregoneros de la paz, entienden que ella se funda en la fuerza de la razón, antes que en la razón de la fuerza, pero sobre todo en el espíritu del Evangelio.

Hermanos de la caridad, la caridad la enseñan practicándola, para que todos sean hermanos en Cristo. En la Diócesis de Barranquilla, la primera que le fue confiada, Monseñor Caicedo Téllez fue llamado el “Obispo Moderno”. Y el epíteto viene también de perlas al franciscano con mitra. Moderno es para captar las inquietudes de la hora, para comprender los problemas actuales, para no vivir de espaldas a la realidad;

moderno para combatir los errores contemporáneos, para demostrar la vigencia de los viejos principios, para repetir que la Iglesia es católica, porque superó las fronteras del tiempo y del espacio. Moderno en el mejor sentido del vocablo, como el Papa felizmente reinante, como el Padre Lombardi y el Obispo de Málaga.

Pues comprende, no odia; pues perdona, no conoce la venganza. Sabe que la oveja descarriada necesita más del pastor y que los pedruscos se pagan con pétalos en la doctrina de la Cruz. No transige con la injusticia; en los textos sagrados aprendió que es ilícito seguir a la muchedumbre para obrar el mal, que el número de quienes la aceptan no hace verdadera una tesis ni justifica una lucha. Tiene autoridad moral cuando condena la violencia, cuando predica el “mandamiento nuevo”, cuando invoca las mejores virtudes del pueblo colombiano.

Monseñor Andrade es un intelectual de veras. Cumple muy bien el aforismo de que no se puede enseñar lo que se ignora. Y estudia. Le llegan periódicos y revistas de todas partes, se deleita con las obras clásicas, habla con propiedad de la literatura modernista, no da tregua a su amistad con los libros. Es el Obispo moderno, cordial y sencillo como Builes, instruido como Concha Córdoba, bondadoso como Escobar Vélez, su auxiliar dignísimo.

Después de una correría por el país del norte regresó a la capital de la república, donde se encuentra ahora. El viaje debió de ser un pretexto para aumentar el acervo de sus experiencias, que no serían pocas en esa tierra de la democracia, sobre todo cuando Colombia no era propiamente un oasis.

Con estas palabras sólo pretendo presentar un saludo, respetuoso y ferviente, al Prelado de la Paz, heraldo del Poverello y Ordinario de Santa Fe de Antioquia. Saludo tardío respecto de su vuelta a la Patria y tal vez inoportuno con relación a su regreso a Antioquia. Que no sea prematura esta nota de bienvenida, son los deseos de vuestra grey y de vuestros amigos, Monseñor Andrade Valderrama.